



TOM HARRELL

FANNY USTARROZ

La luz que alumbra las mesas desaparece. Sólo queda iluminada una plataforma- escenario donde se ubican los músicos. El silencio es absoluto en el Village Vanguard, un sótano donde se encuentra el club de jazz más antiguo de Nueva York.

Por uno de los laterales del escenario aparece Tom Harrell, director de la banda, trompetista y compositor de lo que vamos a escuchar. Delgadísimo, alto, vestido con un saco de cuero negro y un pantalón de igual color. El pelo canoso cubre su cabeza, cabeza que cae abatida sobre su pecho. No mira a los espectadores, no mira a sus músicos; con la vista puesta en el suelo, se limita a desplazarse entre ellos en dirección al atril que se encuentra en el frente del escenario. Bajo su brazo derecho unas partituras, en la mano dos trompetas. Deposita los papeles sobre el atril y los instrumentos a su lado, en el piso. Su "Good night" apenas audible responde a los aplausos que lo reciben, da media vuelta, enfrenta a su banda y con un murmurado "One, two, three..." da comienzo al recital. Los brazos de Harrell permanecen extendidos a lo largo de su cuerpo, sólo se aleja de él, muy levemente, la desmayada mano derecha que marca el compás a su banda.

De pronto el piano se desata, las manos del ejecutante suben y bajan por el teclado; las escalas, los tresillos y las octavas se dispersan por el escenario. Minutos después todos los instrumentos se unen y, cada tanto, uno de ellos escapa por el aire como lo hizo el piano. Los bronce, las cuerdas, la batería y la flauta alzan su canto solista y luego vuelven para unirse al coro. Tom Harrell se inclina, toma una de sus trompetas e inunda el espacio con tonos y semitonos ascendentes y descendentes. Ninguno de ellos parece modelado por el aire y la fuerza de un cuerpo tan próximo a

su disolución. Cuando su intervención concluye, deja la trompeta en el suelo, y, de espaldas al público, vuelve a convertirse en un espectral jinete sin cabeza.

Al terminar la ejecución de cada una de las obras, las ovaciones no parecen llegarle. Hace una pausa, acomoda las partituras y tras un nuevo y balbuceado "One, two, three", la música vuelve a derramarse sobre nosotros.

Cuando el recital termina, aplausos y gritos acompañan la mención del nombre de cada uno de los músicos y las aclamaciones aumentan cuando el nombrado es Tom Harrell. Su respuesta a los vivas es lacónica: "Thank you", toma sus papeles e instrumentos y se retira del escenario. Sus músicos lo siguen.

La luz se prende, el fantasma ha desaparecido. Su leve cuerpo supo guardar el vigor necesario como para que el espectáculo se realizara. Ahora, ha concluido. Esa maravilla sin palabras que surge entre él y su público cuando las notas comienzan a nacer, ha renovado el aire en sus pulmones y la fantasía y la emoción en su música.

El escenario está nuevamente a oscuras.